

VENEZUELA EN LA ENCRUCIJADA HISTÓRICA

Mario Sanoja Obediente - Iraida Vargas-Arenas

Una lección histórica que la oligarquía estadounidense pareciera no querer recordar, cuando se trata de Venezuela, es la de que el colapso de los imperios comienza por el de sus relaciones de poder con su periferia. Ningún imperio conocido hasta el presente ha logrado sobrevivir en esas condiciones, ya que el derrumbe de la dominación de la periferia indica que el centro del imperio ya ha comenzado a disgregarse. Las falacias de la guerra mediática no han podido ocultar la debilidad manifiesta del imperio estadounidense en el área energética, de la cual depende su vida. Las reservas petroleras más cercanas que le permitirían conservar su hegemonía política y comercial sobre el mundo ya no se encuentran en Texas, ni en el golfo de México ni en Alaska ni en Oklahoma. Se encuentran en el golfo de Paria, en el golfo de Venezuela, en el lago de Maracaibo, en la faja petrolífera del Orinoco, sin mencionar la posible extensa reserva que podría existir en el pie de monte andino que va desde el estado Lara hasta el estado Apure. La única contrariedad es que ellas pertenecen a un pequeño país llamado Venezuela, con un bravo pueblo que hoy se siente dueño—finalmente— de su riqueza petrolera, gasífera y aurífera y de su destino, gracias a un gobierno bolivariano que invierte sus ganancias en el desarrollo social, económico y cultural de los venezolanos y coopera con los pueblos caribeños y suramericanos para aliviar sus crisis energéticas.

No es coincidencia que el sabotaje y el golpe petrolero de los ex-meritócratas de la vieja PDVSA coincidiese con la invasión a Irak por parte de Estados Unidos e Inglaterra, con el apoyo de la España de Aznar. El objetivo era, como dicen los jugadores de dado corrido, buscar un *topo a todo* donde el ganador se queda con todas las apuestas que están en la mesa. Pero quizás, felizmente, el Presidente Chávez habría dicho, como el poeta llanero Luis Ernesto Rodríguez, cual si fuera La Patria: “... voy jugando a Rosalinda, y el dado en la noche linda me devolvió mis corotos...”

El hecho de perder en las dos últimas décadas —gracias a Chávez— a Venezuela con la Revolución Bolivariana y al mismo tiempo no ganar ni la guerra de Irak ni la de Afganistán ni la de Siria, ha marcado el inicio del declive del imperio, que por otro lado se está acelerando con el impacto negativo del coronavirus sobre la fuerza de trabajo que mantiene la vigencia del capitalismo estadounidense. En los actuales momentos, la posibilidad de invadir a Irán, el otro coloso petrolero mundial, y triunfar en breve plazo,

ya no es militarmente posible. En Irak, donde la influencia de Irán ya es manifiesta, el control del gobierno por parte de los gringos es muy incierto. En Siria, el pueblo sirio mártir, con la ayuda de Rusia e Irán, ha derrotado los designios imperiales. Los supertanqueros que llevan el petróleo extraído de Arabia Saudita y los Emiratos del golfo Pérsico, están a merced de las baterías de misiles tierra-mar instalados por el ejército iraní a lo largo de su costa. Finalmente, China, Rusia y la India surgen como las superpotencias económicas y tecnológicas del siglo XXI, con el poder para controlar y absorber la mayor parte de la producción petrolera mundial por lo que resta del siglo.

En estas condiciones geopolíticas ha ocurrido lo que el imperio siempre quiso ocultar: Venezuela, que es La Joya de la Corona del imperio estadounidense, se ha convertido con la Revolución Bolivariana en un punto neurálgico para el sistema capitalista y al mismo tiempo en el salvavidas del *american way of life*. La receta neoliberal aplicada a países suramericanos menos desarrollados, ha producido un increíble empobrecimiento de la población y la pérdida de todos los activos que hubiesen servido como garantía para un desarrollo endógeno, independiente del imperialismo estadounidense y del Fondo Monetario Internacional. Es por esa razón que se han producido grandes rebeliones populares en algunos de esos países, cuya meta es cambiar el salvaje neoliberalismo por otro sistema que promueva la justicia social.

En Estados Unidos, el desmantelamiento de los servicios de salud y seguridad social y el nivel de pobreza generalizada producido por la vuelta de tuerca neoliberal que se aplicó desde la era de las mafias de Reagan y los Bush, nunca habrían revelado sus efectos negativos tan crudamente como en la actualidad, cuando los servicios de salud privatizados se han revelado incapaces para enfrentar una amenaza colectiva para la salud del pueblo norteamericano, como la que representa la pandemia del coronavirus Covid-19. Como dijo en una ocasión Fidel Castro: “... cuando estalle la burbuja del neoliberalismo, Estados Unidos y el resto de los ocho países desarrollados se verán en un gran aprieto”. La privatización de los servicios sociales, incluyendo el servicio militar, demuestra que la mano del mercado, si bien sirve para enriquecer a una minoría, no tiene ninguna capacidad de respuesta frente a las grandes emergencias. El Estado, o lo que queda de él, se ve obligado a negociar con las compañías privadas que deben hacer las intervenciones humanitarias, lo cual conduce a un caos generalizado que afecta la vida de las poblaciones empobrecidas de negras y negros, de inmigrantes, sobre todo latinos, de blancas y blancos que sobreviven con salarios de miseria, sin salud, sin seguridad social y sin posibilidad de escapar del ciclo de la pobreza.

Estados Unidos está prisionero de una serie de situaciones dilemáticas: se halla empantanado en el Oriente Medio y

en Afganistán, si se quedan no podrán salir jamás, si se van no retornarán nunca.

En el corto plazo, la lógica indicaría que debería negociar con la Venezuela Bolivariana una salida política. Pero la soberbia y la ceguera proverbial de la clase política estadounidense, donde se incrusta el neofascismo populista de Trump, impedirán que se negocie con un ser que ellos consideran inferior, como nuestro Presidente Maduro. La lógica del fascismo, desde los tiempos “inefables” de Herr Adolfo Hitler, aconsejaba asesinar a los seres que ellos consideraban para la época como sub-humanos, *unttermenschen*: judíos, eslavos, gitanos, negros, discapacitados, enfermos mentales, etc. En este sentido, la matriz de opinión creada por la actual oposición venezolana de considerar al Presidente Maduro como un dictador, le ha hecho el juego a los intentos para asesinarlo comandados por lacayos fascistas, como Santos, Duque y Piñera, y de payasos como Julio Borges y Johnny “White Dog” entre otros. La tesis de los imperialistas estadounidenses –cubano-americanos y venezolano-americanos incluidos– es que asesinando a Maduro, como hicieron con Chávez, se acabaría todo el proceso bolivariano, abriendo el camino para que las mascotas del imperio que habitan en Acción Democrática, Voluntad Popular, Proyecto Venezuela, Primero Justicia, Causa R y toda la calaña golpista de la derecha, le entreguen nuestro petróleo y gas, recibiendo a cambio la posibilidad de lamer la mano del amo y obtener jugosas comisiones en dólares por su fidelidad, como ya ocurrió con el robo de CITGO –regalada a *White Dog*– luego, eso sí, de pagar puntualmente los correspondientes impuestos federales al fisco estadounidense.

Esta tesis simplista obvia un hecho fundamental para el análisis dialéctico de la situación: el legado del Presidente Chávez que lleva adelante el Presidente Maduro, representa para los pueblos oprimidos de América Latina la esperanza de que es posible lograr los cambios sociales para salir de la pobreza, desarrollando la democracia participativa. El intento de asesinar al Presidente Maduro prueba que el imperialismo nunca permitirá que por las buenas o por la vía democrática se logre erradicar la pobreza. El asesinato de Salvador Allende es una demostración palpable. ¿Cuál sería la única esperanza de los pueblos excluidos? La revolución violenta. La guerra de Vietnam y luego las de Irak, Afganistán y Siria han mostrado que Estados Unidos, aun con todo su enorme arsenal militar, no es capaz de ganar guerras asimétricas. Asesinar al Presidente Maduro no resolvería el dilema del imperialismo. Los secuaces nunca podrán tomar el poder en Venezuela a menos que Estados Unidos lance una invasión militar. Pero no podría hacerlo mientras el ejército colombiano, su principal aliado, a pesar de los acuerdos de paz siga empantanado en los rezagos de la guerra interna, proceso que puede tomar meses, si no años.

Embarcarse en una acción suicida contra Venezuela en las presentes condiciones no garantiza a Estados Unidos que el petróleo barato comience a fluir libremente hacia su territorio en 72 horas, luego de haber atacado. Es muy posible que la guerra convencional dure no más de unas semanas, pero la guerra asimétrica, la guerra de resistencia al bloqueo económico y financiero, puede tomar largo tiempo, cerrando definitivamente la posibilidad de apoderarse en el corto plazo del petróleo barato, del gas, del oro y sobre todo, de la gasolina barata. Las refinerías y los campos petroleros venezolanos serían las primeras víctimas de un conflicto, cuyo fin ni los más osados meritócratas de la vieja PDVSA habrían podido imaginar. ¿Qué pasará con Cuba, Colombia, Brasil y Argentina? ¿Se acomodarían China, la India y Rusia a una renovada hegemonía mundial de Estados Unidos? ¿Cuál sería la reacción de Irán?

Estados Unidos está tratando de transformar las Naciones Unidas en una especie de Santa Alianza, con los fines de poder perseguir, con el apoyo legal y material de sus aliados occidentales, a los Estados petroleros que denominan delincuentes porque no siguen sus mandatos con docilidad y –sobre todo– porque no les quieren entregar combustible barato. Pero esta vía es difícil, ya que potencias emergentes como China, Rusia y la India, que casi tienen en sus manos el control de la economía mundial, es posible que veten cualquier resolución que perjudique sus propios proyectos.

El proyecto de asesinar a Maduro, de invadir y asfixiar económicamente a Venezuela, no es técnicamente imposible de llevar a cabo, pero es difícil realizarlo debido a la férrea presencia de la unidad cívico-militar-policial, a la disciplina y el grado de conciencia, dignidad, movilización y organización social alcanzado por el poder popular venezolano, como lo demuestra la derrota de la invasión mercenaria gringo-colombiana practicada por Macuto el pasado 3 de mayo. El riesgo de producir una conflagración mundial que se llevaría por delante al sistema capitalista es evidente. La razón aconsejaría a la banda de espíritus supremáticos que gobiernan actualmente a Estados Unidos, reconocer que por esta vez no llevan consigo todas las de ganar. Para evitar un colapso similar al de la Unión Soviética, que podría degenerar en un *Gottdamerung*, en un Ocaso de los Dioses más terrible que el cantado por Wagner, sería conveniente negociar, como gente sensata, con los que tienen en sus manos la posibilidad real de resolver la encrucijada histórica en la que nos hallamos. ☒

Mario Sanoja Obediente e Iraida Vargas-Arenas. Académicos venezolanos. Profesores Titulares Jubilados de la Universidad Central de Venezuela. Profesores Invitados de la Escuela Venezolana de Planificación Social, MPP para la Planificación. Oficina del Cronista de la Ciudad. Alcaldía y Cámara Municipal del Municipio Libertador.